

De María de Nazaret a la Rosa Mística

P. Trigo s.j.*



Las advocaciones de María

Los que alcanzamos a vivir antes del Concilio nos levantamos con la figura de María presente en los retablos de las iglesias, en cuadros e imágenes en las casas, en las oraciones cotidianas, en las fiestas con sus novenas y procesiones, en las peregrinaciones a sus santuarios, en poemas y canciones, en ofrendas florales, en libros de devociones... *De María nunquam satis* (tratándose de María, nunca es exagerado), decían los oradores sagrados y eso mismo sentía el pueblo cristiano de su Madre del cielo.

María era venerada a través de invocaciones ancestrales como la Inmaculada, la Asunción, la Candelaria, la Virgen del Carmen, la Milagrosa, la Auxiliadora o por títulos que nombraban el lugar donde se apareció o algunas características de su aparición. En esas devociones María casi se identificaba con su imagen. Casi, porque todos sabían que todas las vírgenes son la misma, pero en la práctica la veneración se dirigía a su imagen y por eso era distinto ser devoto del Carmen a serlo de la Inmaculada o de la Consolación de Tárriba. La María de esas devociones tenía la característica de ser por una parte casi una diosa, un ser celestial, abogada de todas las gracias para sus devotos, pero por otra la encarnación sublimada del modo de ser de quienes la veneraban. Estas vírgenes lugareñas estaban tan identificadas con el lugar y la comunidad que

pasaron a ser símbolos sagrados del gentilicio. Así la Virgen del Pilar para los aragoneses o la Montserrat para los catalanes o la Macarena para los sevillanos o la del Rocío para los andaluces o la Guadalupe para los mexicanos o la Chinita para los maracuchos o la del Valle para los margariteños y más en general los orientales o la Divina Pastora para los larenses.

La devoción era genuina, es decir una relación verdadera e intensamente afectiva, y se manifestaba tanto personal como colectivamente. A nivel colectivo, en las fiestas con novenarios, peregrinaciones, procesiones y misas con cantos y ofrendas florales. A nivel particular, mediante cantos, oraciones de súplicas y acciones de gracias, ofrendas, o más cotidianamente visitas, visitas a la paisana más ilustre y querida, a la vecina más importante y consentida. La devoción pautaba tanto el ciclo anual, ancestralmente ligado al ciclo agrario, como la vida cotidiana.

El problema de esta devoción, que era también el problema de las devociones a las distintas imágenes del Señor y de los santos, es que estaba muy escasamente ligada al Evangelio, es decir a la historia, digamos mortal, de éstos que fueron personajes históricos, que ahora están en la vida eterna, aunque siguen ligados a nuestra suerte. Si ponemos toda nuestra atención a que la relación sea real, tenemos que tener en cuenta la realidad con-



creta de aquel con quien nos relacionamos. Si no, puede suceder que, queriendo hacerle un homenaje, lo que hagamos de hecho sea insultarlo. Claro está que los devotos tienen en cuenta que ellos nos quieren y quieren nuestro bien y en definitiva nuestra salvación eterna. Pero tenemos que reconocer que, si son personajes concretos, ellos tienen una idea determinada que cuál es nuestro bien y de por qué caminos se consigue. Como en toda

relación verdadera, yo le podré pedir lo que yo quiero, pero sabiendo que Jesús de Nazaret o María o los santos saben mejor que nosotros lo que nos conviene y lo que conduce a ello.

La pregunta de fondo es si yo quiero relacionarme con un ser real y concreto que tiene su modo de ver las cosas y sus propósitos, o con un ser abstracto que lo único que quiere es que lo honre y le dé ofrendas, a cambio de las cuales él me da su protección, en definitiva lo que a mí me interesa, que es lo que le pido. Es claro que en este segundo caso no hay verdadera devoción sino comercio sagrado. Y es una terrible injuria pensar que yo puedo comprar a Dios o a Jesús o a María o a los santos.

De las advocaciones a relacionarse con María de Nazaret

Así pues, si quiero relacionarme realmente con ellos, tengo que acudir en el caso de Jesús y de María a los evangelios y en el caso de los santos a sus vidas auténticas. Así podré tratarlos como ellos son. Esto fue lo que propuso el Concilio. Ante todo, respecto de Jesús. Dijo que él es el que en su vida no sólo se revela a sí mismo sino que en ella nos revela también quién es Dios y quienes somos los seres humanos. Lo mismo podemos decir respecto de María. Por eso, si queremos resumir en un punto la propuesta del Concilio respecto de la devoción a María, tenemos que decir que él nos pidió que las midiéramos todas con la figura de María de Nazaret.

Por eso el resultado, no pretendido por el Concilio, de esta propuesta suya es que muchos cristia-

nos empezaron a relacionarse directamente con María de Nazaret. Pasaron de las advocaciones al nombre propio y de los devocionarios al evangelio. Esto se reflejó también en las imágenes: muchos artistas comenzaron a pintar a María en escenas evangélicas y con los rasgos de una mujer de pueblo: una hermosa y espiritual, es decir muy humana, mujer de pueblo. Al bajarla de los nichos seculares y despojarla de tantas galas ancestrales que recubrían su humanidad, al verla como una mujer de pueblo, inmensamente cualitativa, pero de pueblo, comenzaron a sentirla como compañera en el duro caminar. Esto hicieron sobre todo los pobres con espíritu de las comunidades cristianas populares y sus acompañantes sacerdotes y religiosos y sobre todo, religiosas. Surgieron canciones a María de Nazaret que reflejaban este nuevo sentir, esta nueva manera, tan cercana, de relacionarse. Se le decía: "Ven con nosotros a caminar". Y se conversaba con ella sabiendo que ella, como pobre, comprende desde dentro por experiencia todo lo que se le diga, y como pobre con Espíritu, lo procesa desde la fe en Dios, desde su mentalidad, desde sus actitudes, y así puede acompañar y aconsejar lo más adaptado y conveniente. También, por su cercanía a Jesús, nos puede introducir en su seguimiento.

Ésta es la propuesta conciliar que en América Latina fue acogida y desarrollada sobre todo por las comunidades cristianas populares, que, como se sabe, nacieron en el horizonte de la liberación evangélica que propusieron Medellín y Puebla y que acompañó principalmente una parte significativa de la vida religiosa.

Una época tentada a vivir la religión sin religación

¿Qué ha pasado hoy? Hoy estamos en otra época. Una época en la que los descubrimientos científicos que se hicieron en la pasada se están implementando con resultados cada vez más sorprendentes y sobre todo esa impresión de que estamos comenzando y que vamos a arribar a una vida humana muy diferente de la que vivimos. Pero a la vez, una época de apropiación privada de riqueza y poder en una medida desconocida, de tal modo que unos cuantos ricos tienen más poder que la mayoría de los Estados. Junto a esto, masas de pobres y naciones enteras sumidas en la pobreza y faltos de esperanza. Una brecha creciente, que es ya un abismo. Y además, una época religiosa. La sección de artículos religiosos del gran bazar cultural es una de las más solicitadas y de las más abastecidas con ofertas para todos los gustos. Pero eso es así porque un número creciente de gente quiere comunicarse con el mundo divino y está buscando caminos porque las grandes instituciones religiosas no le dicen mucho, no le ayudan eficazmente.

En este ambiente la devoción de la Rosa Mística nos parece muy sintomática. Vamos, pues, a referirnos a ella. En primer lugar indagaremos de dónde viene la advocación.

La Rosa Mística, una devoción muy significativa

Rosa mística (rosa mística), como *turris eburnea* (torre de marfil) o *ianua coeli* (puerta del cielo) son algunas de las invocaciones de las Letanías Lauretanas a María, que se han rezado secularmente en el rezo del san-

to rosario después de los misterios. Son metáforas, referencias poéticas con las que se resaltan cualidades que la adornan. ¿Por qué se contempla a María como Torre de Marfil? Por su belleza compacta, por su entereza inexpugnable, porque guarda su blancura a salvo de los enemigos, porque siendo de una pieza resiste todos los asaltos del adversario. ¿Por qué se la llama puerta del cielo? Porque así como por ella entró el cielo a la tierra, así por ella entramos los de la tierra al cielo. ¿Y por qué se la invoca como rosa mística? Porque su vida floreció para Dios, porque el Espíritu la hizo florecer, por el misterio que colma la belleza inmarchitable de su vida, por esa mezcla de belleza seductora, de aroma embriagador y de espinas de dolor que atravesaron su vida.

La pregunta es cómo se pasa de un piropo, de una invocación poética, a una imagen de bulto, a una escultura. Porque una rosa es una planta, no una mujer. Muchas veces se ha cantado a la mujer amada como una rosa lozana y fragante, a la vez que en extremo delicada, que no admite que se la manosee. Los mejores poetas barrocos tienen hermosos sonetos a las rosas como emblema de la fugacidad de la vida humana que pasa rápidamente del botón a abrirse espléndidamente para marchitarse enseguida. De la belleza de María se dirá que es rosa que no se marchita, siempre en su esplendor como un trasunto de la eternidad viva de Dios.

La palabra poética es símbolo, expresa lo que no puede decirse conceptualmente, plasmarse figurativamente. ¿Por qué entonces pasar de la palabra a la escultura? Un motivo es, sin duda, materializar lo que como palabra es evanescente, puro acontecimiento verbal

que para seguir existiendo tiene que ser proferido de nuevo. Es verdad que el símbolo es un acontecimiento que contiene lo simbolizado, pero lo contiene ingresando en ello la persona como un don del símbolo que no se puede retener. El símbolo alude a lo sagrado y al aludirlo nos pone en comunicación con ello. Pero la comunicación con lo sagrado es siempre una gracia porque lo sagrado es siempre libre e indisponible para el ser humano. Sin embargo el ser humano pugna por retenerlo, como Jacob con el ángel. Creo que esta tendencia es la que ha impulsado a convertir el símbolo en estatua. La pregunta es si en ese estado conserva su carácter de símbolo.

Tiendo a pensar que el modo como se ha pretendido conservar la referencia al misterio es haciendo una imagen etérea, lo más desmaterializada posible. Como se echa de ver, la imagen de la Rosa Mística está a medio camino entre un áni-

si quiero relacionarme realmente con ellos, tengo que acudir en el caso de Jesús y de María a los evangelios y en el caso de los santos a sus vidas auténticas. Así podrá tratarlos como ellos son. Esto fue lo que propuso el Concilio.

ma y una mujer. Es una mujer de la que se ha abstraído lo más posible su corporalidad, desde luego su diferenciación sexual, de modo que lo que retiene de femenino es la suavidad, la alusión al más allá, que la literatura romántica conceptualizó como "lo eterno femenino" (fin del Fausto de Goethe), en el sentido de escala para que el varón pueda subir a Dios.

Creo que en la dirección dominante de esta figura histórica, signada por la imposición inmisericorde y sin rostro y por la insensibilidad hacia los demás, una figura sin rastro de voluntad de poder ni de avidez, es una figura atractiva que compensa de tanta sumisión al mercantilismo más grosero y lava de lo que se le pega a uno de tanta terrenalidad dura y en definitiva vacía. Por eso esta devoción encuentra gran eco en la clase no popular.

Creo que es indudable que tiene un sentido religioso que responde a esta situación. En un mundo en el que todo se mercantiliza, en el que la seducción y la imposición son los dos armónicos de una dirección vital despersonalizadora, en el que la figura publicitada de la mujer se reduce a un icono de genitalidad salvaje, la referencia a una figura tan evanescente es el suspiro por otro mundo más elevado, más espiritual, menos grosero, más libre y puro. Así esta referencia devota es la expresión de que uno no se deja moldear completamente por esta situación, es el suspiro por una realidad diferente, en la que uno pueda vivir con congruencia y desarrollar lo mejor de sí. Esta devoción pone al descubierto lo íntimamente que violenta la dirección dominante de esta figura histórica a los seres humanos que viven en ella.

La pregunta es si esta devoción, tal como está planteada, es capaz de arrancarlos de ella para apostar por otra donde habite la justicia y la humanidad. La pregunta es si esta devoción es canal de conversión en el sentido evangélico de cambio radical de mentalidad, de lógica, de actitud, de rumbo vital, de relaciones, o si se reduce a una actividad compensatoria, en definitiva a un suspiro, con lo que expresa de disgusto de este mundo y de uno mismo y anhelo sincero de otro, pero también de impotencia sentida para dar pasos decididos en esa dirección.

En definitiva la pregunta es si la propuesta es cristiana y más particularmente si esa imagen puede ser la de María de Nazaret, es decir si la devoción a la Rosa Mística se refiere a la relación viva con María de Nazaret, la de los evangelios.

Para responder a esta pregunta tenemos que aludir a la lógica de la encarnación. Para el cristiano lo contrario al materialismo no es lo incorpóreo sino un cuerpo que se sabe templo del Espíritu Santo y que actúa en obediencia a él. Y el Espíritu de Jesús no lleva a huir del mundo sino a entregar la vida para humanizar al mundo, es decir a orientarse más a la vida que a la seguridad, más al reconocimiento y servicio del otro que al interés propio, a buscar el bien de los otros, sobre todo de los pobres y necesitados, aun con sacrificio propio. Y a entregarse con alegría y en todos los niveles de la vida: en el trabajo, en el compartir y participar, en el descanso, en la cotidianidad, en los conflictos y problemas, en los logros y gozos. Todo eso sucede a través del cuerpo, que es el órgano de la expresión de la persona y de la comunicación entre las personas.

Por eso el dilema cristiano no es corporalidad-espiritualidad sino un cuerpo entregado para que haya vida. Somos llamados a glorificar a Dios en nuestros cuerpos (1Cor 6,20). Sin un intenso ejercicio corporal no es posible transformar el mundo en la dirección del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios. La estatua de la Rosa Mística ¿expresa a una mujer entregada a esta tarea?

Toda devoción cristiana se centra en la participación de la vida y el destino de la persona a la que se venera. No consiste en pedir a la persona cosas que necesitamos. Jesús no dio nada. Se dio a sí mismo, pero no para sustituirnos a nosotros sino para activar en nosotros la fe que salva. La vida cristiana es seguimiento de Cristo. Dentro de este horizonte, la devoción a María es siempre vías para incentivar el seguimiento de Jesús de Nazaret, ya que María es la Madre de todos los creyentes. Si como verdaderos devotos escuchamos a María, ella nos dirá siempre de uno u otro modo: "hagan lo que él les diga" (Jn 2,5). El modo como se practica la devoción a la Rosa Mística ¿va en esta dirección?

Creo que en esta época sigue más vigente que nunca la devoción a María de Nazaret, sea a través de alguna advocación, sea directamente.

*Miembro del Consejo de Redacción